

LA INSTITUCIONALIZACION DE LA GUERRA

Ignacio Martín-Baró

Departamento de Psicología y Educación
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

RESUMEN

La prolongación de la guerra puede llevar a su institucionalización social, es decir, a la transformación de sus presupuestos y prácticas en normas de la convivencia colectiva y hasta en formas de pensar y sentir de los grupos y personas. El presente trabajo examina esa posibilidad en las circunstancias actuales de El Salvador. Se mantiene que en ellas se ha producido una generalizada militarización de la existencia, se ha llegado a aceptar como "normal" el desangramiento permanente de vidas jóvenes, y se vive en la semipenumbra de una mentira sistemática sobre lo que ocurre en el país y de un estereotipamiento sobre los actores sociales. Un estudio realizado con 204 niños, de sectores altos y bajos de la sociedad salvadoreña, de ocho a dieciséis años, examina exploratoriamente la posible interiorización de esas prácticas sociales objetivas en formas personales de pensar y valorar. Los datos apuntan a que sólo una minoría de niños pudiera haber desarrollado todavía unos esquemas bélicos para conocer y valorar la realidad social, aunque, de confirmarse este hecho

* Una versión preliminar de este trabajo se presentó como conferencia en el XXII Congreso Interamericano de Psicología, celebrado en Buenos Aires, del 25 al 30 de junio de 1989.

en estos niños, relativamente poco afectados por la guerra, cabría hipotetizar que la interiorización será mayor en niños más directamente afectados por la situación bélica. En todo caso, se trata de un problema que debe ser examinado y confrontado por la psicología.

1. Los efectos psicosociales de la guerra

Cuando desde la psicología enfocamos los efectos que produce la guerra, tendemos a concentrarnos en su impacto en el psiquismo de los individuos y grupos, particularmente en su carácter traumatógeno. El supuesto más o menos implícito es que la guerra constituye una realidad externa a las personas, una situación que afecta desde fuera el desarrollo individual y a la convivencia social. De ahí que la atención se centre sobre todo en aquellos que sufren más directamente las condiciones de la guerra, ya sea al estar involucrados como combatientes —soldados o guerrilleros— ya sea al sufrir como población civil las consecuencias de la violencia generalizada o de la represión política que suele acompañar a las acciones bélicas, en particular en las llamadas guerras de contrainsurgencia.

Sin duda, este aspecto es esencial y ante la consistente proliferación de los conflictos bélicos en el mundo entero, los psicólogos debemos incrementar los esfuerzos por aumentar nuestro conocimiento y nuestra

capacidad de intervención para ayudar a sus víctimas directas e indirectas. Ahora bien, desde un punto de vista psicosocial esta perspectiva es sólo parcial y limitada y, eventualmente, puede dejar de lado algunos de los efectos más graves de las confrontaciones bélicas. De hecho, una guerra es una práctica social tan radical que tiende a sobreterminar el funcionamiento de los aspectos más diversos de una sociedad. Cuando un país se encuentra en guerra, ya sea con otro país o por el enfrentamiento entre grupos de su propia población, la vida social en su conjunto tiende a ser dominada por los dinamismos bélicos: la economía no sólo tiene que asimilar la destrucción sistemática del aparato productivo, sino que debe orientar sus principales esfuerzos hacia la satisfacción de las necesidades militares siempre perentorias; la política se militariza y las mismas instituciones culturales, como la escuela y las iglesias, desarrollan todo un aparato de simbolismos y justificaciones que predisponen a la población a la lucha y ensalzan el sacrificio de quienes entregan su vida en beneficio del bando considerado en cada caso como bueno.

Ahora bien, como toda práctica social importante, la guerra va configurando una realidad nueva, va definiendo un mundo diferente al de las sociedades que se encuentran en paz. Cuando las guerras son un fenómeno corto y pasajero, un momento de crisis muy circunscrito en el tiempo y aun en el espacio, su impacto configurador es relativamente pequeño y fácilmente superable —prescindiendo de los cambios sociopolíticos a que dé lugar. Pero cuando las guerras se enquistan, cuando el accionar bélico tiende a estancarse por períodos largos, su poder configurador de la realidad social se vuelve predominante tanto en la estructuración objetiva del ordenamiento social como en la modelación subjetiva del marco de referencia de los grupos y personas. A este fenómeno nos referimos al hablar de institucionalización de la guerra. Un proceso así creemos que se está produciendo en la sociedad salvadoreña, como nos parece que se ha producido ya en la sociedad palestina e israelí, y nos tememos que pronto comience a darse en sociedades como la peruana y la colombiana.

Es bien conocido el planteamiento que sobre la *institucionalización* de una práctica social hacen Berger y Luckmann (1968, págs. 66-120). Toda sociedad trata de resolver los problemas fundamentales de la existencia,

así como de satisfacer las necesidades de sus miembros. En este proceso histórico, aquellas formas de actuar que logran el objetivo buscado o, por lo menos, que responden más adecuadamente a la perspectiva de quienes tienen el control social, van siendo privilegiadas y se van estableciendo como los modos habituales de proceder. Cuando una manera concreta de actuar para resolver un problema o para responder a una necesidad se vuelve habitual y, sobre todo, se hace normativa en una sociedad, esa forma constituye una institución social. El comportamiento de los actores queda definido y tipificado en roles, recíprocos y complementarios entre sí, regulados por principios y normas que a veces llegan a ser legalmente sancionadas. Ejemplos característicos de instituciones sociales bien conocidas son la familia, con sus roles de padre e hijo, y la escuela, con los roles de maestro y alumno.

Una institución es una realidad objetiva, algo que las personas encontramos en la sociedad como un dato previo a nuestra existencia, una "cosa" que diría Durkheim con la que tenemos que contar y frente a la que tenemos que ajustar nuestro quehacer. Las personas que entran en una institución saben por lo general bastante bien qué tienen que hacer, lo que los demás esperan de ellas y lo que ellas

pueden esperar y exigir a los demás. Por ello, las sociedades suelen contar con períodos preparatorios específicos, durante los cuales las personas se socializan, es decir, aprenden e interiorizan las exigencias de una determinada institución. Pero exista o no ese período, las demandas fundamentales de una institución social, las normas sobre lo que hay que hacer, quién, cuándo y cómo, están inscritas en las prácticas rutinarias, en los hábitos que los actores tienen que desarrollar en su quehacer cotidiano, rutinas y hábitos cuyo quebrantamiento arrastra sanciones.

Ahora bien, una institución social no se queda en el mero plano de la objetividad, sino que exige su elaboración ideológica: una institución es una práctica, una forma de actuar, pero toda sociedad necesita dar razón de su proceder, tanto más cuanto más importante sea para la vida de la sociedad. Así, las instituciones tienen que ser no sólo explicadas, sino justificadas como buenas y aun como ideales. La ideologización suprema de una institución consiste en su naturalización, es decir, en hacer de ella una exigencia de la misma naturaleza humana, y no una simple alternativa histórica. Por lo general, esta naturalización culmina en la sacralización de la institución, es decir, en volver a un Dios supremo fuente y ga-

rante último de la práctica institucional. De esta manera, la institución recibe su legitimación última e inamovible.

La elaboración ideológica de una institución supone la definición de valores, la construcción de símbolos, la promulgación de normas y leyes. Estos valores, símbolos y normas son interiorizados por las personas. De este modo, la institución penetra en el ámbito de la subjetividad: la exigencia social se vuelve ideal personal, la necesidad objetiva se convierte en aspiración subjetiva. La praxis sobre la realidad se hace conocimiento de esa misma realidad, y el esquema comportamental externo encuentra su correlato en los esquemas cognoscitivos y valorativos internos; en otras palabras, la práctica socialmente demandada se hace forma de pensar individual y el hábito socialmente exigido se convierte en valor personal.

Es importante examinar entonces en qué medida una práctica como la de la guerra puede institucionalizarse, es decir, objetivarse en las prácticas sociales e interiorizarse como mundo subjetivo. Pretendemos examinar, en concreto, si la guerra que asola a El Salvador desde 1980 se ha institucionalizado ya en el país, si se ha consolidado objetivamente en prácticas y rutinas habituales, y si se ha interiorizado subjetivamente en formas

normales de pensar y de valorar la realidad cotidiana. Creemos que este análisis es tan importante o más que el de las consecuencias sobre las víctimas de los conflictos armados, ya que la institucionalización de la guerra desborda la finalización de la lucha armada e incluso trasciende la vida de las personas involucradas en ella y, por tanto, condiciona esencialmente las posibilidades mismas de la paz social.

2. La habituación objetiva a la guerra

No se trata aquí de examinar las características más propias del conflicto salvadoreño, cuanto de explorar aquellos aspectos de la guerra que se hayan constituido o puedan constituirse en prácticas institucionales, es decir, hábitos y rutinas asumidas sin mayor cuestionamiento e incluso como exigencias normativas. Me fijaré en tres de estas formas habituales, que se observan ya en la vida cotidiana de El Salvador: la militarización de la existencia, la aceptación de lo que llamaré "impuesto de guerra" y la mentira oficializada.

2.1. La militarización de la existencia

El funcionamiento y reproducción de cualquier orden social combinan dosis diferentes de convicción y coerción. Todo régimen político aspira a funcionar

reduciendo al mínimo la coerción sobre los ciudadanos, aunque su eliminación total constituya un ideal utópico (ver Janowitz, 1978). De hecho, hasta los regímenes más democráticos mantienen una instancia coercitiva interna —la policía— a la que asignan en exclusiva el empleo legítimo o, por lo menos, legal de la fuerza física contra la propia población. La coerción pretende mantener integrados al orden establecido a aquellos grupos y personas con quienes no basta la convicción sino que requieren la amenaza de la fuerza e incluso la represión y aun la eliminación física —lo que ya supone la renuncia a su integración.

Es claro que, para mantener integradas a las clases dominadas en nuestras sociedades latinoamericanas, la dosis de coerción empleada suele ser notoriamente mayor que la de convicción y, por lo general, la función represiva prima sobre la función integradora (ver Castells, 1973, pág. 179). En otras palabras, los gobiernos de turno no suelen buscar tanto el que los sectores marginados puedan participar plenamente en la vida social cuanto el que su existencia no altere el funcionamiento "normal" del orden social establecido.

Pero en una situación de guerra civil como la que vive El Salvador ni siquiera el incremento masivo de la represión

policial ha bastado para mantener el "status quo"; fue necesaria la militarización misma de las estructuras sociales. La diferencia estriba en que la represión policial asume todavía en principio la existencia de un ordenamiento civil, mientras que la militarización transforma ese ordenamiento, introduciendo un principio interno de disciplina militar. Al extender la confrontación a todos los ámbitos de la vida social, la doctrina de "la seguridad nacional", primero, y de los llamados "conflictos de baja intensidad", después, han promovido y en varios casos exacerbado la militarización de los países latinoamericanos.

En el caso de El Salvador, la militarización de las estructuras sociales se extiende desde los espacios físicos hasta los ámbitos culturales, pasando por los organismos más diversos. Los retenes militares que invaden las calles de las ciudades y las carreteras del país, las patrullas que constantemente se movilizan por caminos y veredas, los vigilantes que bloquean la entrada a cualquier edificio público y aun privado, son testigo fehaciente de esa ocupación militar de los espacios físicos del país. Una invasión análoga se observa en los medios de comunicación masiva, saturados no sólo de informaciones militares, sino de la presencia militar en todos los ámbitos de la vida, políticos o culturales,

económicos o recreativos: los militares opinan sobre las medidas económico-sociales o coronan reinas de belleza, imparten charlas educativas o inauguran obras públicas, realizan actos cívicos, dirigen proyectos de desarrollo y hasta presiden celebraciones religiosas o sientan cátedra sobre la "verdadera religión".

Hoy día, la Fuerza Armada salvadoreña está presente más o menos directamente en todos los ámbitos y organismos de la vida social, la mayor parte de ellos completamente ajenos a la naturaleza de las funciones a las que la institución militar debe atender o para cuyo desempeño sus miembros han sido preparados. El problema no estriba en si los oficiales en cuanto personas son capaces o no de desarrollar esas funciones; el problema es que se introduzcan en razón de su pertenencia a la Fuerza Armada y como tales, es decir, como miembros de esa institución. Y lo que es todavía más grave, su presencia es por lo general omnipotente, es decir, se constituye en la instancia decisiva sobre lo que se hace o se puede hacer, si no siempre en directo, al menos mediante su poder de veto. De esta manera, la guerra penetra en las áreas más diversas de la convivencia social, y las instancias y criterios militares desplazan a las instancias y criterios civiles, desnaturalizando con frecuencia los fines de los organis-

mos sociales, incluso por encima del ordenamiento jurídico. Lamentablemente, un proceso de militarización similar y aun mayor, no por comprensible menos deplorable, tiende a darse en las zonas bajo control rebelde.

La consecuencia de esta militarización de la existencia social es que las personas tienen que desarrollar su vida bajo permiso y como una concesión; todo lo importante y no poco de lo secundario requiere el visto bueno militar; todo aquello que pueda tener algún tipo de significación nacional y aun local debe ser valorado a la luz de las exigencias bélicas, confundidas en ocasiones con las conveniencias de la institución castrense y aun con el simple capricho del comandante local o del oficial de turno. La perentoriedad de una existencia así sólo puede calibrarse cuando se llega al ridículo de que hasta los actos más elementales, como desplazarse en vehículo para realizar el propio trabajo, leer un libro sobre la situación del país, dar un curso sobre higiene dental o reunirse con unos amigos en la casa y hasta tener un "poster" de Monseñor Romero adornando el hogar puedan ser considerados actos subversivos y necesiten recibir el visto bueno militar. Esta militarización objetiva de la existencia supone, sin duda, un nivel de institucionalización de la guerra

en el funcionamiento del orden social establecido.

2.2. El impuesto de guerra

Por impuesto de guerra se suele entender aquel cobro que un gobierno establece para costear el incremento de los gastos militares que se produce en tiempos de conflagración bélica. Ahora bien, son de hecho dos las imposiciones que se establecen sobre la población civil en tiempos de guerra; una, la económica; otra, la personal.

En El Salvador, los principales organismos de la empresa privada rechazaron en 1987 el establecimiento de un impuesto directo de guerra, al que el gobierno denominaba "impuesto para la defensa de la soberanía nacional", rechazo ratificado por la Corte Suprema de Justicia; el argumento de los empresarios consistió en que lo que estaba en juego no era la soberanía sino el orden interno del país, pues se trataba de un conflicto civil, no internacional (ver A.C., 1987). Sin embargo, los mismos capitalistas han aceptado de hecho y hasta ratificado a través de sus representantes una distribución del presupuesto nacional que año con año asigna a la guerra la mayor cantidad de recursos disponibles, mientras se recortan los fondos dedicados a la salud, la educación y otros servicios pú-

blicos —recortes que, por supuesto, muy poco o nada afectan a esos sectores privilegiados. La gravedad de este punto sólo se aprecia adecuadamente cuando se tiene en cuenta que, además de robarse la parte del león del presupuesto del país, la guerra se come también la mayor parte de la ayuda que llega del exterior y que representa el equivalente a otro presupuesto nacional. El que el Estado salvadoreño dedique a la guerra una parte mayoritaria del presupuesto sin que gobernantes o legisladores se hagan o se atrevan a hacer público cuestionamiento alguno, pone de manifiesto que la guerra se ha institucionalizado. En la práctica, se acepta este presupuesto de guerra como parte del funcionamiento normal del país, así como se acepta el consiguiente deterioro del nivel de vida de la población.

Pero un impuesto todavía más doloroso y aceptado como normal es el de vidas humanas. Mes con mes la Fuerza Armada realiza en las zonas marginales de las ciudades y en las poblaciones campesinas el reclutamiento forzoso de jóvenes, operación que tiende a parecerse a una verdadera cacería humana, con la cual trata de compensar las bajas sufridas en los combates. Semana con semana y aun día con día, el Comité de Prensa de la Fuerza Armada ofrece un recuento de sus

éxitos militares así como de las atrocidades (reales o presuntas) del FMLN: los éxitos se cifran en la muerte de guerrilleros; las atrocidades, en la muerte de soldados o de civiles, esta última siempre atribuida a los insurgentes, cualquiera sea su autor real. Partes de guerra similares, aunque cambiando los papeles de héroes y villanos, ofrecen las emisoras del FMLN. Lo trágico es que, a estas alturas de la confrontación, a nadie parece conmover lo más mínimo el sacrificio cotidiano de vidas jóvenes, cualesquiera sean las filas en las que ocurra; se diría que el salvadoreño no quizá como persona, pero sí como miembro de una colectividad, ha aceptado ya la inevitabilidad y hasta la normalidad de una cuota de muertes diarias, esa macabra contabilidad humana que constituye el más terrible de los impuestos de guerra. Pero esta aceptación pseudo-fatalista de una cuota de vidas es índice de la institucionalización de la guerra en el país.

2.3. La mentira oficializada

Es bien sabido que la historia la escriben los vencedores y que su versión constituye no sólo una perspectiva parcial, sino con frecuencia una burda falsificación de los procesos, los hechos y los actores involucrados. Se trata de "la historia oficial", como bien lo ponía de manifiesto la conocida

película argentina con el mismo título sobre los acontecimientos de ese país durante los años de dictadura militar. Pero la construcción ideológica de la historia no es algo que únicamente tenga lugar una vez transcurridos los acontecimientos, sino que se da también en el día tras días y ello precisamente como parte de la interacción social y de la confrontación de intereses grupales.

En El Salvador se da hoy día esa mentira sistemática que constituye la historia oficial sobre los hechos bélicos, en particular sobre todos aquellos que conciernen no tanto a los enfrentamientos militares, cuanto a las acciones paramilitares dirigidas contra la población civil sospechosa de simpatizar con los rebeldes. Esa historia puede incluir hechos reales, por supuesto, pero sobre todo, versiones deformadas de los acontecimientos, que cambian a los autores o a las víctimas, las circunstancias o la forma como se produjeron, y hasta hechos inexistentes, simplemente elaborados por exigencias de la propaganda bélica, de la llamada "guerra psicológica" (Martín-Baró, 1988d). La mentira sistemática genera una especie de penumbra psicosocial, donde se entremezclan lo real y lo ficticio (ver Poirier, 1970), y donde los fantasmas terminan imponiendo su ley al conocimiento hasta el punto de que algunas

personas y grupos llegan a creerse las mentiras que ellos mismos han fabricado.

Ahora bien, incluso más grave que la mentira sobre los hechos es el estereotipamiento sistemático de los grupos y personas, un proceso de verdadero etiquetamiento (Becker, 1966) que, al interior del orden establecido, genera la realidad misma etiquetada. Al reducir la percepción social a los esquemas rígidos y simplistas, cargados de afectividad, propios del estereotipo, se ejerce una gran violencia cognoscitiva, es decir, se introduce la guerra en el ámbito del propio conocimiento social, convirtiendo todo en blanco o negro, en bueno o malo, en amigo o enemigo, sin matices ni zonas intermedias.

Un típico estereotipamiento que se da hoy en El Salvador es el que caracteriza a toda forma de pensamiento más o menos discrepante frente al régimen como "comunismo". Esto supone no sólo una inaceptable simplificación del mundo ideológico, sino que constituye una burda falsificación de la realidad, sobre todo en la medida en que se incluyen ahí hasta el "comunitarismo" democristiano o la tendencia liberal del Partido Demócrata norteamericano. Otro estereotipamiento social muy extendido es el que tilda como "delincuentes terroristas" a quienes

no cumulan con las políticas oficiales. En la colada se van no sólo los miembros de la guerrilla, sino los simpatizantes de cualquier partido de izquierda, los miembros de las organizaciones populares y hasta los miembros de los organismos humanitarios o de defensa de los derechos humanos. Todos son "delincuentes", es decir, autores de delitos contra la ley, y además "terroristas", es decir, individuos que realizan sus delitos mediante el empleo del terror.

El problema con el estereotipamiento radica menos en el esquema cognoscitivo por sí mismo, cuanto en el hecho de que un conocimiento tan rígido y simplista transforma la realidad en un campo de batalla de buenos contra malos, en el que la única alternativa posible frente a una realidad tan diabólica como el "comunismo" o frente a sujetos tan criminales como los "delincuentes terroristas" es la violencia sin contemplaciones ni componendas. Porque tras la categorización viene la acción, tras la acusación de comunismo sigue la bomba, tras el etiquetamiento al delincuente terrorista viene su apresamiento o su desaparición. La utilización generalizada y casi mecánica de estereotipos grupales de esta naturaleza es uno de los síntomas característicos de la institucionalización objetiva de la guerra en El Salvador.

Finalmente, la mentira oficializada echa raíces en las propias instituciones del estado, desnaturalizando sus funciones: los cuerpos de seguridad se convierten en la principal fuente de inseguridad ciudadana y el sistema de justicia, en vez de garantizar el ejercicio de los derechos y deberes, se vuelve garante de la injusticia y la impunidad, siempre que favorezcan la causa del propio bando. De este modo, la guerra penetra las propias estructuras del aparato estatal, al que corrompe, independientemente de que haya personas honradas trabajando en él o que se esfuercen por actuar con equidad y justicia.

3. La interiorización subjetiva de la guerra

¿En qué medida la institucionalización objetiva de la guerra en las estructuras sociales salvadoreña ha logrado penetrar las estructuras subjetivas? En otros términos, ¿en qué medida los principios y valores, los presupuestos y actitudes asentados en las prácticas y rutinas cotidianas vinculadas con la guerra han echado ya raíces en las formas de pensar y valorar la realidad de las personas?

Por lo general, se suele asumir que, aparte de su impacto traumatizante, el principal flujo de la guerra en los niños

consiste en enseñarles la eficacia privilegiada de la violencia para lograr sus objetivos, personales y sociales (ver Martín-Baró, 1988a). Pero el sostén psicológico de este proceso de socialización radicaría precisamente en la estructuración de un mundo simplista y maniqueo, de unas formas de conocer y de valorar estereotipadas, que son las que reclaman y justifican como horizonte comportamental el uso de la violencia. La pregunta es: ¿hasta qué punto los niños salvadoreños han desarrollado unas estructuras cognoscitivas y valorativas de este tipo?

A fin de empezar a examinar este problema, desarrollamos un pequeño estudio, que es el preludio de un estudio más amplio que queremos realizar en el futuro inmediato. El trabajo tiene como antecedente los estudios de Robert L. Leahy sobre el desarrollo del concepto de clase social (1981, 1983a, 1983b), que constituyen una aplicación del esquema piagetiano sobre el desarrollo cognoscitivo de las personas. No es del caso entrar aquí en ese antecedente, ya que fundamentalmente se centra en el desarrollo formal de los esquemas cognoscitivos, mientras que nosotros estamos más interesados en el desarrollo de su contenido; es decir, no nos preocupa tanto examinar aquí cómo piensan los niños salvadoreños cuanto qué es en concreto lo que piensan.

Tras elaborar un pequeño cuestionario de diez preguntas acerca de la paz y la guerra, lo aplicamos con un grupo de estudiantes avanzados de psicología de la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas a un grupo de 204 niños. Todos los niños son del sexo masculino, pero se dividieron entre niños pertenecientes a sectores socioeconómicos altos y bajos, y en tres grupos de edad: de 8 a 10 años, de 11 a 13 años y de 14 a 16 años. Los contactos se hicieron durante abril del presente año (1989) en los propios hogares del niño o en sus escuelas. A cada niño se le entrevistó personalmente, tras solicitar el permiso de sus padres o responsables y, salvo en algunos casos en que no fue posible, las entrevistas fueron grabadas. Aunque se disponía de un cuestionario, la entrevista se trató de desarrollar en forma de conversación flexible, al estilo piagetiano, y no como una encuesta rígida (lo que, lamentablemente, no siempre fue el caso).

El aspecto fundamental que nos interesa aquí es si los niños han interiorizado los esquemas bélicos. Por eso, pretendemos examinar en qué medida hay ya en esos niños salvadoreños rastros cognoscitivo-valorativos (a) de la militarización, (b) de la aceptación rutinaria de la muerte y (c) de la mentira oficializada que hemos presentado como ele-

mentos de la institucionalización de la guerra en las estructuras objetivas de la sociedad salvadoreña.

3.1. Guerra y paz

Al preguntar a los niños qué es la guerra, en qué consiste para ellos la guerra, obtuvimos dos tipos principales de respuestas: los que ven la guerra como un conflicto, enfrentamiento o lucha entre dos bandos (34.3% de los niños entrevistados), y los que la ven más en su aspecto de muerte y matanza de personas (22.1% de los encuestados) (ver Cuadro 1). Ejemplo del primer tipo de respuesta es la de un niño de trece años, del sector social alto, quien definió la guerra como "un conflicto armado, causado por diferentes motivos, políticos o so-

ciales, en que generalmente sale afectada la población inocente" (Niño 17-131). El segundo tipo de respuestas lo ejemplifica un niño de 10 años, del sector bajo; en la guerra, dijo, "hay unos que mueren, unos que salen heridos, golpeados y otros les cortan las manos y los piés" (Niño 31-102). El primer tipo de respuestas lo tienden a dar más frecuentemente los niños mayores y de sectores altos, mientras que el segundo tipo lo ofrecen sobre todo niños de menor edad y de sectores bajos. Un grupo más reducido de niños (el 10.8%) señaló ambos aspectos, es decir, que la guerra es tanto conflicto como muerte. Finalmente, un 9.8% de los niños entrevistados dio respuestas de tipo moral y abstracto, diciendo que la guerra es algo malo o dañino, y un porcentaje similar

Cuadro 1
Definición de la guerra según sector social y edad

Qué es la guerra	Edad	Sectores sociales						Todos	
		"Altos"			"Bajos"			N	%
		8-10	11-13	14-16	8-10	11-13	14-16		
Conflicto, enfrentamiento, peleas		38.2	28.6	51.5	20.6	33.3	35.3	70	34.3
Muertes, matanzas, batallas		23.5	20.0	9.1	41.2	27.3	11.8	45	22.1
Conflicto y muertes		5.9	17.1	3.0	5.9	15.2	14.7	22	10.8
Algo malo, dañino		5.9	8.6	18.2	5.9	12.1	8.8	20	9.8
Violencia, destrucción		8.8	11.4	6.1	17.6	6.1	5.9	19	9.3
Otras respuestas		8.8	11.4	12.1	8.8	3.0	23.5	23	11.3
No sabe, falta dato		8.8	2.9	0.0	0.0	3.0	0.0	5	2.5
Todos	N	34	33	34	34	35	33	204	
	%	33.7	32.7	33.7	33.3	34.3	32.4		100.0

(9.5%) respondió que la guerra es violencia y destrucción, pero sin concretar más.

Con respecto a lo que es la paz, una mayoría relativa de niños (35.3%) la definió como la unión y concordia entre las personas y grupos: es "una amistad, armonía y comprensión entre ambos bandos", nos dijo un niño de 14 años (Niño 186-142) (ver Cuadro 2). Este grupo tiende a ser de niños mayores y de sectores altos. Para un segundo grupo, sobre todo de niños más pequeños y de sectores bajos, la paz es sencillamente que no haya guerra, lo que indican algunos en forma muy genérica como la ausencia de lucha (19.1%) o en forma más específica otros, como el fin de las bombas, tiros y muertes (15.7%). "Es cuando no hay violencia, la gente trabaja tranquilamente y no sienten miedo de que los maten o les tiren bombas", decía un niño de 16

años (Niño 118-161); "que no haya tiros, bombas, lo que haya es tranquilidad"; "que no hayan muertos ni heridos", decía otro de 12 años (Niño 65-121); y un niño campesino de 13 años, habitante de una de las zonas más golpeadas de la guerra, lo ponía en términos muy elementales: "paz sería no tener miedo en la noche" (Niño 57-132).

3.2. Aceptación de la militarización

¿En qué medida los niños entrevistados aceptan como normal la realidad bélica y militar en la que viven?

Ante todo, resultó para nosotros una sorprendente comprobación el que la cuarta parte de niños entrevistados (el 24.6%) pareciera no saber nada sobre la guerra o que sólo tuviera conocimiento de ella a través de la televisión o de las narraciones de

Cuadro 2
Definición de la paz según sector social y edad

Qué es la paz	Edad	Sectores sociales						Totales	
		8-10	"Altos" 11-13	14-16	8-10	"Bajos" 11-13	14-16	N	%
Unión, amor, hermandad		26.5	42.9	54.5	20.6	24.2	44.1	72	35.3
Que no haya guerra ni lucha		17.6	17.1	12.1	26.5	27.3	14.7	39	19.1
Ni tiros, ni bombas, ni matanzas		20.6	11.4	6.1	17.6	21.2	14.7	32	15.7
Felicidad, belleza, bienestar		17.6	11.4	3.0	23.5	18.2	2.9	26	12.7
Otras respuestas		8.8	17.2	20.2	8.7	9.1	8.8	30	14.7
No sabe, no responde		8.8	0.0	6.1	0.0	0.0	0.0	5	2.5

otras personas. Un grupo de esos niños daba la impresión de vivir en un mundo distinto, un mundo aparte, un "país de las maravillas" enclavado en una tierra asolada por la guerra. Veamos alguna de las repuestass dadas por este tipo de niños cuando se les solicitaba que contaran alguna historia de la guerra que hubieran vivido o presenciado personalmente o que pusieran algún ejemplo de lo que era la guerra. "No lo he vivido ni me han contado" (Niño 89-111); "yo no he visto. Es que lo he visto en la tele. Alemania cuando peleó contra Estados Unidos, país contra país" (Niño 39-101); "no he visto; sólo en película, película de Rambo y Chuck Norris" (Niño 137-91).

Contrastan estas respuestas con las de otros niños a quienes les ha tocado vivir personalmente los estragos de la guerra. "Cerca de mi casa", nos decía un niño de ocho años, "se peleaban soldados con unos hombres que son guerrilleros. Allí aterrizó un helicóptero, unos soldados heridos se subieron. Lo ví por un hoyo de la puerta" (Niño 182-82); "saliendo a la escuela", nos decía otro niño de 16 años, "a las cinco y media, por hombres con pañuelos en la cara, con metralletas, y le dispararon a unos policías que estaban ahí; la maestra gritó que nos tiráramos al suelo; yo corrí por un atajo que daba más cerca

a la casa; las balas iban por todos los lados" (Niño 69-162); "mataron a mi papá y a mi mamá por defenderme a mí", nos confesó un niño de 12 años, de clase muy humilde; "ellos murieron" (Niño 54-122).

Ni el vivir en un mundo aislado garantiza la inmunización mental frente a la militarización, ni la experiencia personal de la guerra lleva a un involucramiento mental militarista; todo depende de otros factores que parecen apuntar al papel mediador de los adultos en el procesamiento de las vivencias, en forma similar a como median el impacto de las experiencias traumatógenas (ver Hoppe, 1985; Martín-Baró, 1988c).

De hecho, son también una minoría, uno de cada cuatro niños entrevistados (24.0%), los que responden que les gustaría ser soldados (31.4% si se incluyen aquellos que responden en forma condicional) (ver Cuadro 3). Como era de esperar, en este grupo hay más niños menores y de los sectores bajos que niños mayores y de los sectores altos. Como puede verse en el Cuadro 4, la razón más frecuente para querer ser soldado es la de "defender a la patria" (49.0%); pero un buen porcentaje, 28.6%, dicen que quieren ser soldados para luchar y matar a los guerrilleros: "así ayudo a matar a los guerri-

llos, que son los que no quieren que haya paz", nos dijo un niño de 12 años (Niño 65-121); "porque así me desquito lo que me hicieron y los mato", nos confe-

saba otro de 13 años (Niño 68-132).

Hay que subrayar el que casi siete de cada diez niños entrevis-

Cuadro 3
Deseo de ser soldado según sector social y edad

Deseo de ser soldado	Edad	Sector social						Todos	
		"Altos"			"Bajos"			N	%
		8-10	11-13	14-16	8-10	11-13	14-16		
No quiere ser soldado		70.6	71.4	63.6	61.8	57.6	79.4	137	67.6
Sí quiere ser soldado		20.6	17.1	15.2	38.2	39.4	14.7	49	24.0
Sí quiere, pero con condiciones		8.8	8.6	18.2	0.0	3.0	5.9	15	7.4
No sabe, no responde		0.0	2.9	3.0	0.0	0.0	0.0	2	1.0

Cuadro 4
Razón para querer o no ser soldado

Razón	Quiere ser soldado y luchar			N	%
	No	Sí	Sí condicionado		
No quiere morir, ser herido	50.8	—	—	67	32.8
Defender a la patria, al pueblo	—	49.0	60.0	33	16.2
No quiere matar	19.7	—	6.7	27	13.2
Desperdicio de vida, quiere ser otra cosa, no le atrae	18.2	—	—	24	11.8
Luchar contra la guerrilla	—	28.6	—	14	6.9
No es bueno, lo prohíbe Dios	6.1	—	—	8	3.9
Lograr la paz, la libertad	—	12.2	6.7	7	3.4
Otras razones	5.3	10.2	26.7	16	7.8
No sabe, no responde	—	—	—	8	3.9
Todos	N	132	49	15	204
	%	67.4	25.0	7.6	100.0

tados (el 67.6%) rechazaran ser soldados y luchar en la guerra. La causa alegada por la mitad de ellos (50.8%) para expresar este rechazo era que no querían morir

o ser heridos: "No, porque a los soldados los matan y yo no quiero morir" (Niño 110-91) fue una respuesta típica de este grupo. "Salen fracturados cuando ponen

una mina; salen baleados y mueren", especificaba un niño de 15 años de los sectores bajos (Niño 82-152). Otros (el 19.7%) rechazaron el ser soldados por la razón inversa, es decir, por no querer ellos matar: "Porque yo —nos razonaba otro niño de 15 años—, en mi forma de ser, no me gusta maltratar a nadie, va'a; tal vez bromeando, pero bromeando. Pero aquí los soldados y la guerrilla disparan y al que le caiga, pues entonces; y eso no es bueno" (Niño 106-152). Como era de esperar, algunos niños apelaron a principios religiosos: "No me gustaría matar", decía, uno de 13 años, "por ninguna razón, lógica o no. Dios lo prohíbe explícitamente, y, si puedo evitarlo, lo haré" (Niño 114-131).

3.3. La aceptación de la muerte

Como acabamos de ver, la mayoría de los niños entrevistados rechazan el involucrarse en la guerra como soldados, ya sea porque tienen miedo a morir o ser heridos, ya sea por que no desean herir o matar a los demás. En principio, cabría pensar que todos estos niños rechazan la guerra en lo que tiene de muerte, y de hecho así parece ser. Sin embargo, lo que rechazan es fundamentalmente su involucramiento personal, que en la lógica psíquica no necesariamente supone un rechazo al involucra-

miento de otros y, por tanto, a la guerra mientras sean otros los que la hagan. De hecho, éste ha tendido a ser el comportamiento más común entre los sectores dominantes de la sociedad salvadoreña, empeñados en prolongar la guerra hasta acabar a los rebeldes, y mostrando un patriotismo a ultranza, siempre y cuando la guerra no supusiera que sus propios hijos fueran al frente de batalla. De ahí que el reclutamiento militar en El Salvador siga siendo selectivo y afecte única y exclusivamente a los jóvenes de los sectores pobres de la población.

Al preguntar a los niños cómo podría terminarse la guerra, uno de cada tres (34.8%) respondió que mediante un diálogo y acuerdo entre las partes (ver Cuadro 5). "Dialogando sobre las diferencias y solucionarlas", respondió un niño de 11 años de clase alta; "sí, hablando, sin necesidad de matar a las personas" (Niño 45-111). Otros respondieron que se acabaría la guerra cuando todos dejaran de pelear (15.2%) y otros que cuando los insurgentes del FMLN depusieran las armas (11.1%). Con todo, casi uno de cada diez niños (18 niños, es decir, el 8.8% exactamente) expresó que la forma de terminar la guerra era matando a todos los guerrilleros: "Acabando al FMLN para siempre, matarlos a todos", decía un niño de 15 años de sec-

tores bajos (23-152). Otro niño de 9 años, cuyo caso analizaremos después, dijo textualmente: "Terminando con los terroristas, matándolos. Se lograría si hubiera unos cuatro Rambos aquí para

matarlos a los guerrilleros; entonces hubiera paz, tranquilidad" (Niño 61-91).

Ciertamente, no son muchos los niños que expresan esta postura

Cuadro 4
Cómo terminar la guerra según sector social y edad

Cómo terminar la guerra	Edad	Sector social						Todos	
		"Altos"			"Bajos"			N	%
		8-10	11-13	14-16	8-10	11-13	14-16		
Diálogo, acuerdo de los rivales		20.6	45.7	48.5	14.7	21.2	50.0	68	33.8
Que todos dejen de pelear		14.7	11.4	6.1	20.6	21.2	14.7	30	14.7
Que FMLN deponga las armas		14.7	14.3	9.1	5.9	18.2	2.9	22	10.8
Matar a los guerrilleros		17.6	11.4	3.0	8.8	6.1	5.9	18	8.8
Ser buenos, quitar el odio		8.8	5.7	15.2	11.8	3.0	5.9	17	8.3
Esconder o tirar las armas		5.0	0.0	3.0	5.9	6.1	2.9	8	3.9
Otras respuestas		14.7	5.7	6.1	26.5	12.1	11.8	26	12.7
No se puede		0.0	2.9	6.1	2.9	9.1	2.9	8	3.9
No sabe, falta dato		2.9	2.9	3.0	2.9	3.0	2.9	6	2.9

extremista que, con toda probabilidad, refleja una mentalidad absorbida del medio ambiente. Quienes así se manifiestan tienden a ser de menos edad y de sectores socioeconómicos altos, aunque estas relaciones no alcanzan un nivel de significación estadística aceptable. Sí es significativo, en cambio, que esta respuesta la den mucho más frecuentemente aquellos que desean ser soldados (un 19.1%) que aquellos que no desean serlo (un 5.2%).

Pero aunque los niños que expresan esta postura extrema sean una minoría, no puede considerárseles una excepción, y su extremismo mental resulta preocupante. Los datos del presente estudio no permiten llegar a una conclusión firme, pero sí refuerzan la hipótesis de que una militarización mental, la interiorización del militarismo existente en la sociedad, pueda estarse produciendo en por lo menos un sector de la población infantil salvadoreña.

Cuadro 6
Deseo de ser soldado y forma de terminar la guerra

Cómo terminar la guerra	Quiere ser soldado y luchar			N	%
	No	Sí	Sí condicionado		
Diálogo, acuerdo de los rivales	37.0	29.8	26.7	68	33.3
Que todos dejen de pelear	15.6	14.9	13.3	30	14.7
Que FMLN deponga las armas	11.1	6.4	26.7	22	10.8
Matar a los guerrilleros	5.2	19.1	13.3	18	8.8
Ser buenos, quitar el odio	8.1	10.6	6.7	17	8.3
Esconder o tirar las armas	5.2	2.1	0.0	8	3.9
No se puede	4.4	2.1	6.7	8	3.9
Otras respuestas	13.3	14.9	6.7	26	12.7
No sabe, no responde	—	—	—	7	3.4
Todos	135	47	15	204	100.0

3.4. La asimilación de esquemas estereotipados

Una de las preguntas formuladas a los niños era que identificaran quiénes estaban en cada bando de la guerra de nuestro país. La mayoría (el 65.7%) respondió limitándose a señalar a los rivales; sin embargo, un 25.5%, es decir, uno de cada cuatro niños entrevistados añadió espontáneamente una calificación más o menos estereotipada de los contendientes. "Los soldados son los buenos y los guerrilleros, los malos" (Niño 6-92), fue una respuesta común de este tipo. Otros calificaron únicamente a uno de los contendientes, por lo general a la guerrilla: "Los muchachos, que ponen las minas, y los soldados" (Niño 79-122). Finalmente, otros niños extremaron la caracterización de los

rivales, demonizando a los guerrilleros con todas aquellas adjetivaciones que, para su mentalidad infantil, ponían de manifiesto su maldad. Característica es la respuesta de un niño de 13 años de los sectores altos: "En la Fuerza Armada, [están] los que quieren y luchan por nosotros, para que no nos pase nada; y, en la guerrilla, los mañosos [ladrones], los hijos que no quieren a sus papás ni a nadie, los drogadictos, gente sin sentimiento" (Niño 66-131). La caracterización que hicieron estos niños de los guerrilleros incluyó los siguientes adjetivos: terroristas, subversivos, engañados, ladrones, comunistas, secuestradores, ambiciosos, sin sentimiento, mercenarios.

La tendencia a calificar estereotipadamente a los contendien-

tes fue más frecuente entre aquellos que dijeron querer ser soldados (31.9%) que entre los que dijeron que no deseaban serlo (22.8%). Y, como ya hemos indicado, son ellos mismos los que más se inclinaron a pensar que la forma de terminar la guerra era matando a todos los guerrilleros.

Ciertamente, todos estos resultados no confirman sin más la hipótesis planteada en este trabajo de una interiorización de la guerra en la mente de los niños salvadoreños. Pero sí abonan la hipótesis de que un proceso así puede estar produciendo en por lo menos un sector no por minoritario menos significativo de la población.

Un caso característico lo constituye Guillermo L., un niño de 9 años de los sectores altos, de quien ya hemos presentado algunas respuestas. Guillermo comienza indicando al entrevistador que no sabe qué es la guerra pero, al insistírsele, dice que "es terrorismo, destruir casas con bombas" y que, si hay guerra, es "porque hay terroristas que destruyen y entonces nos defiende la Fuerza Armada". Afirma que ha visto "cuando atacaron un carro patrulla y mataron un policía, le dispararon sin poder defenderse". Indica que ha experimentado miedo "cuando le pusieron bombas a unos vecinos; creí que era

en mi casa, porque se sintió muy fuerte el impacto". Responde que sí a la pregunta de si quiere ser soldado y luchar en la guerra, pero aclara que quiere "ser general" para "combatir a la guerrilla". La manera como cree que se podría acabar con la guerra es "terminando con los terroristas, matándolos" y, por tanto, para lograr la paz, propone que hubiera "unos cuatro Rambos" para matar a todos los guerrilleros.

Por supuesto, no se nos olvida que Guillermo es un niño de nueve años. Pero no podemos menos de observar que muestra ya unos esquemas mentales muy claros y consistentes con relación a la guerra y la paz, tanto en su calificación de los contendientes como en la propuesta que hace para resolver la guerra y respecto a su comportamiento personal. La guerra es obra de los guerrilleros que son terroristas; los terroristas son malos porque ponen bombas para destruir las casas; por tanto, la mejor forma de terminar la guerra y lograr la paz es eliminando a los terroristas, para lo cual él estaría dispuesto a luchar como militar.

4. Conclusión: Socioterapia de la guerra.

La guerra tiende a institucionalizarse, es decir, a echar raíces, objetivas y subjetivas, en un país como El Salvador, que lleva ya

casi diez años de confrontación civil. De acuerdo con nuestro análisis y nuestros datos, la institucionalización aparece con más claridad en las estructuras sociales que en las estructuras mentales, lo cual resulta muy coherente; como psicólogos sabemos bien que es más fácil asumir una práctica en unas circunstancias concretas que interiorizar esa práctica, es decir, desarrollar una mentalidad que predisponga a esa práctica y la justifique, y más todavía que la haga personalmente deseable. Esta diferencia entre aceptación del hábito externo e interiorización mental resulta tanto más obvia cuando de lo que se trata es de una práctica extrema, como la guerra, que involucra destrucción y muerte.

Resulta esperanzador que, a pesar de la prolongación de la guerra civil, a pesar de los esfuerzos sistemáticos realizados a través de la guerra psicológica por polarizar a la población, se aprecie que la mayoría de los niños, por lo menos en el grupo al que entrevistamos, se resista a aceptar una concepción maniquea o reaganiana del mundo, donde se es absolutamente bueno o absolutamente malo, sin alternativas. El que la mayoría de los niños de nuestro estudio, como la mayoría de los salvadoreños (ver IUDOP, 1989; Martín-Baró, 1989), piense que es a través del diálogo y de la negociación entre

los contendientes, y no a través de más guerra y de matar a todos los enemigos, como debe resolverse la guerra civil; el que la mayoría de estos niños no quiera ser soldado porque ni quiere morir ni quiere matar, nos confirma que la militarización no ha logrado invadir todavía sus mentes.

Por supuesto, no pretendo que los datos aquí presentados puedan generalizarse sin más a todos los niños salvadoreños. Ciertamente, han sido logrados con una de las poblaciones infantiles menos afectadas por la guerra. Cabe asumir que niños de zonas más golpeadas por la guerra y, sin duda, los niños de la población refugiada y desplazada, puedan presentar otro panorama muy diferente. Con todo, este estudio nos lleva a pensar que, como en el caso de las experiencias traumáticas, los niños tienen una significativa capacidad para resistir el avasallamiento de un mundo exterior hostil, que con frecuencia reclama de ellos un desarrollo contrario a su crecimiento como seres humanos. Hasta dónde llegue esa capacidad y qué factores contribuyan a la resistencia es algo que nos urge examinar con más atención y detenimiento.

En todo caso, tampoco podemos dejar de lado que, junto a la mayoría de niños aparentemente no afectados, hay una minoría

no despreciable que sí parece encontrarse contaminada o cuasicontaminada por el virus del militarismo. Y, por más que los procesos de interiorización sean lentos y existan importantes resistencias a la asimilación mental de algo tan terrible como una guerra, la prolongación del conflicto civil y su asentamiento en las instituciones sociales del país puede terminar imponiendo su ley. Lo cual lleva a una conclusión que, no por obvia, deja de ser significativa: como psicólogos no podemos volver la espalda a los procesos sociopolíticos, bajo la disculpa que no son de nuestra incumbencia. Lo son y ello por requisito de nuestro trabajo en favor del desarrollo humanizador e integral de los grupos y personas, de su salud mental que no es un dato simplemente individual sino interpersonal y social (ver Martín-Baró, 1984, 1988b).

La psicología suele ver como connatural su aporte terapéutico. Por ello, a ningún psicólogo hay que convencerle sobre la necesidad de que se atienda a quienes sufren el impacto de la guerra, ya sean soldados o víctimas de la población civil; tenemos claro también, aunque quizá no tanto, que nuestro aporte es necesario para atender a las víctimas de la represión política y de la guerra psicológica, ya sean torturados, exiliados o familiares de desaparecidos. Pero la psicología suele sentir como algo extraño y la ma-

yor parte de los psicólogos se muestra reticente a llevar sus planteamientos a un plano que desborde el mundo subjetivo de las víctimas individuales para entrar en el ámbito objetivo de las estructuras victimarias. Y, sin embargo, mal podemos cumplir incluso con nuestro cometido de atención individual si no enfrentamos sus raíces sociales. La psicohigiene y la psicoterapia necesitan integrarse a una sociohigiene y a una socioterapia. Y si, como acertadamente ha señalado el grupo chileno de Elíza-beth Lira (1988; Weinstein, 1987) la recuperación terapéutica de los traumas sociopolíticos reclama una reparación social, como social es su causa, para evitar la militarización mental del niño o desmontar la militarización del adulto tendremos también que eliminar cualquier forma de militarización institucional de nuestra sociedad.

Referencias bibliográficas

- A. C. (1987). El "proceso democrático". Siete años después. *Estudios Centroamericanos (ECA)*, 459-460, 99-101.
- Becker, Howard S. (1966). *Outsiders. Studies in the sociology of deviance*. [Los marginales. Estudios sobre sociología de la desviación.] New York: Free Press.
- Berger, Peter y Luckmann, Thomas. (1968). *La construcción social de la realidad*. (Traducción de Silvia Zuleta.) Buenos Aires: Amorrortu.

- Castella, Manuel. (1973). Comentario: La teoría marxista de las clases sociales y la lucha de clases en América Latina. En Instituto de Investigaciones, Universidad Nacional Autónoma de México, *Las clases sociales en América Latina* (págs. 159-190). México: Siglo XXI.
- Hoppe, Cecilia. (1985). *Los niños y la guerra. Resumen de investigaciones que estudian diferentes aspectos sobre este tema*. Trabajo preparado para el "Taller de intercambio de experiencias sobre el trabajo psicosocial y terapéutica con los niños y la población desplazada", patrocinado por Rádda Barnen. México, del 18 al 22 de febrero de 1985.
- IUDOP (Instituto Universitario de Opinión Pública). (1989). *Los salvadoreños ante el gobierno de ARENA*. Informes N° 21. San Salvador: IUDOP, Universidad Centroamericana José Simeón Cañas.
- Janowitz, Morris. (1978). *The last half-century. Societal change and politics in América*. [La última mitad de siglo. Cambio social y política en Estados Unidos.] Chicago: The University of Chicago Press.
- Leahy, Robert L. (1981). The development of the conception of economic inequality. I. Descriptions and comparisons of rich and poor people. [El desarrollo de la concepción de la desigualdad económica. I. Descripciones y comparaciones de ricos y pobres.] *Child Development*, 52, 523-532.
- Leahy, Robert L. (1983). Development of the conception of economic inequality: II. Explanations, justifications, and concepts of social mobility and change. [El desarrollo de la concepción de la desigualdad económica: II. Explicaciones, justificaciones y conceptos de movilidad social y cambio.] *Developmental Psychology*, 19, 111-125. (a).
- Leahy, Robert L. (1983). The development of the conception of social class. [El desarrollo de la concepción de clase social.] En R. L. Leahy (Ed.). *The child's construction of social inequality* [La construcción del niño de la desigualdad social] (págs. 79-107).
- Lira, Elizabeth. (1988). Consecuencias psicosociales de la represión política en Chile. *Revista de Psicología de El Salvador*, 28, 143-159.
- Martín-Baró, Ignacio. (1984). Guerra y salud mental. *Estudios Centroamericanos (ECA)*, 429-430, 503-514.
- Martín-Baró, Ignacio. (1988). La violencia en Centroamérica: una visión psicosocial. *Revista Costarricense de Psicología*, 12 y 13, 21-34. (a)
- Martín-Baró, Ignacio. (1988). La violencia política y la guerra como causas del trauma psicosocial en El Salvador. *Revista de Psicología de El Salvador*, 28, 123-141. (b)
- Martín-Baró, Ignacio (1988). *Guerra y trauma psicosocial del niño salvadoreño*. Conferencia pronunciada en el seminario-taller "Tratamiento y recuperación post-traumática del niño", organizado por la Asociación de Capacitación e Investigación para la salud mental, ACISAM. San Salvador, 12 de septiembre de 1988. (c)

- Martín-Baró, Ignacio. (1988). De la guerra sucia a la guerra psicológica: el caso de El Salvador. En Adrienne Aron (Ed.), *Fuga, exilio y retorno. La salud mental y el refugiado* (págs. 2-22). San Francisco: Committee for Health Rights in Central America (CHERICA). (d)
- Martín-Baró, Ignacio. (1989). *La opinión pública salvadoreña (1987-1988)*. San Salvador: UCA Editores.
- Poirier, Jean. (1978). Formas de impugnación, de compensación y de transposición de lo real en las sociedades en vías de desarrollo. En Jean Lacroix (Comp.), *Los hombres ante el fracaso*. (Traducción de Josep Pombo.) Barcelona: Herder.
- Weinstein, Eugenia. (1987). Problemática psicológica del exilio en Chile. Algunas orientaciones psicoterapéuticas. *Boletín de Psicología* (UCA, San Salvador), 23, 21-38.